

EL DÍA DE LOS CASI MUERTOS

Jair Zevallos

Eran casi las diez de la noche cuando llegué a casa de Augusto. Yo tenía, en ese entonces, más salud, menos ojeras y, sobre todo, quince años. Habíamos quedado en ir al cumpleaños de las mellizas y, como acostumbrábamos, nos habíamos reunido un poco antes para sembrar en nuestros vientres la sacra semilla de la cebada fermentada. Casi no hablábamos durante las previas. Mientras se consumía la botella, Augusto viraba los ojos, extasiado, y yo, no menos delirante, me acariciaba el cuello una y otra vez, como si la bebida fuera de una pureza tal que me quemara en la tráquea.

Acabado nuestro elixir, prendimos un cigarrillo y nos dispusimos a ir de juerga. «A cagar el tono», como solía decir Augusto. La casa de las mellizas no distaba mucho de donde estábamos, pero se encontraba en una zona complicada, ya que, pese a estar cerca de la Universidad San Martín de Porres, había, no muy lejos, un cerro poblado. En ese entonces aquel dato no era motivo de preocupación: la juventud y la cerveza te brindan mucha fuerza y agallas. Salimos de su casa, tomamos un microbús y, en cuestión de minutos, estábamos en la puerta de la fiesta. Ahí nos encontramos con el primo de Augusto y algunos amigos más cuyos nombres no recuerdo. El asunto es que éramos un gentío, así nos gustaba andar, en hordas; creo que el principal motivo era que cuanta más gente había, más dinero para comprar cerveza teníamos —en aquel entonces no me había percatado, pero años después reparé en que cuando más gente había, pese a tener más dinero, había también mayor cantidad de personas dispuestas a consumir nuestro licor; por lo tanto, nuestro principal motivo para andar en hordas era totalmente infundado—.

Ingresamos a la casa de las mellizas casi a las doce de la noche. Las saludamos con un fuerte abrazo y ellas nos recibieron con unas latitas de Cuzqueña. Pasó muy poco tiempo para que esas latas se convirtieran en botellas y estas, a su vez, en cajas, y termináramos tomando en el mismo vaso babeado por las cinco personas que quedábamos: «los sobrevivientes». Pero mucho antes de la borrachera recuerdo haber bailado con Catalina. Ella, aunque

no era muy alta, tenía una figura deliciosa. No era como las chicas que todos admiraban: delgadas y de rostro angelical. Ella no; ella era diferente. No podría decir que estaba muy entrada en carnes, pero flaca no era; tenía la piel trigüeña y tenue, como si la tuviera gastada; la boca amplia y unos labios secos, ocultos desvergonzadamente bajo un exceso de pintura roja. Sus ojos eran hundidos, medio adormitados; sus pechos redondos y sus caderas anchas. Sin embargo, lo que más me gustaba de ella era su nariz. Pequeña y ligeramente inclinada hacia la izquierda. Su nariz primero y ella detrás cual complemento. ¡Qué nariz! Pequeña pero solemne. Cuando pensaba en ella lo que más me preocupaba era que, algún día, a raíz de un endiablado resfrío, pegue un estornudo tan grande que dañe su escorada y quebradiza nariz y entonces se acabaría todo, ya no volvería a ser la misma y yo ya no querría bailar con ella.

Catalina me había dicho para salir de la casa un momento, que tenía algo urgente que decirme, que era tan urgente que no podía esperar a que repartan la siguiente ronda de latas para soltarlo. Yo accedí. Salimos, caminamos casi media cuadra y, luego de superar un ataque de nervios de su parte, me dijo que yo le gustaba, que quería estar conmigo y que no podía creer que yo haya sido tan tonto como para no darme cuenta antes —claro que me había dado cuenta, pero Catalina, más allá de su nariz, no era el tipo de chica con la que hubiese querido estar—. Me quedé pasmado. Después de tantas reuniones nunca pensé que tuviera el valor para decir algo así. No supe en ese momento cómo reaccionar. Hubiese querido decirle que yo solo la veía como a una amiga, pero, por otro lado, hacérselo saber me partiría el corazón más a mí que a ella. Con la respuesta pegada a la úvula, iba caminando lentamente de regreso, creyendo ingenuamente que

ella no se daría cuenta. No vas a decirme nada, me regañó, o acaso no tienes nada que decir. No, no, no, no..., no es eso, le dije. No podía dejar de tartamudear. Ahora yo sufría de un ataque de nervios y no había licor que me salvara. Un momento, balbuceé y me metí corriendo a la casa de las mellizas. Busqué a Augusto y le expliqué rápidamente la situación. No sé por qué lo hice; yo sabía de antemano que lo único que haría sería reírse y decirme que aproveche. Aprovecha, no pierdas tiempo, me dijo. Y eso fue lo que hice. Salí de vuelta a la calle y la besé. Mientras lo hacía, intentaba no rozar demasiado su nariz, no quería lastimarla.

La luna cubría nuestras cabezas, que desde lo alto parecían una sola. Nos envolvía la noche y la brisa rozaba nuestras mejillas con cadencia, como si no quisiera interrumpir el instante, dilatado, infinito. Recuerdo haber dicho algunas cursilerías más antes de ingresar a la fiesta con ella de la mano. Apenas me vio, Augusto, intentando inútilmente ser lo más discreto posible, me hizo un guiño con el ojo. Nos sentamos en el sillón grande. Catalina me besaba cada tres minutos y yo me sentía incómodo ante aquella situación: nunca he sido muy cariñoso y menos en una fiesta...

Solo al cabo de dos horas pude librarme de ella. Su papá vino a recogerla —y a rescatarme— cerca de las tres de la madrugada. Según mis cálculos solo tenía media hora o, con suerte, cuarenta minutos para beber lo último de la noche antes de irnos. Le pedí a Augusto que no mencione nada sobre Catalina, siquiera por lo que restaba de la noche. Él es un buen amigo, así que cumplió. Bebimos en cantidades colosales. Botellas tras botellas íbamos perdiendo lucidez y cuánto nos gustaba aquella sensación. Siempre me ha fascinado poder evadir la lucidez. Yo, que me siento prisionero de mis propios pensamientos, considero el alcohol

como el líquido de los dioses, pues me libera de todo juicio moral y ético, de todo postulado físico o metafísico, y puedo actuar libremente, sin tener que pasar por el proceso de evaluación de la información, de determinar si es pertinente o no actuar de tal o cual modo y remitirme únicamente a mis instintos más animales. Estar borracho es sentirse más humano. Claro que algunas veces me arrepiento de lo que hago.

Salimos de la fiesta a las cuatro de la mañana. Augusto era el más ebrio. Los otros tres no se encontraban tan bien que digamos, pero por lo menos no le ladraban a todo gato que pasara. Yo, por obvias razones, pese a haber hecho un gran esfuerzo, no estaba tan bebido como me hubiera gustado. Ya no había carros circulando, así que tuvimos que caminar varias cuadras. Caminamos media hora y nada. Teníamos tanto sueño que la idea de dormir en algún jardín iba tomando mayor fuerza con cada pisada. En eso, unos metros delante, vimos un Station Wagon blanco que prendía las luces. Se dirigió hacia nosotros, que andábamos por la pista, y, al ver que no hicimos ni un gesto por movernos, nos tocó el claxon. Hizo un sonido tan estridente que nos devolvió un poquito de consciencia, pero no la suficiente para apartarnos del camino. Tocó el claxon una vez más y, como volvimos a hacerle caso omiso, se bajó del auto. «¡Quítense del camino, mierda!», gritó y fue ahí cuando nos percatamos de la situación a la que hacíamos frente: el chofer del Station tenía una pistola en la mano. Ahora sí, mediante una reacción en cadena, nos movimos hacia la acera. Temblábamos de miedo. El efecto del alcohol, que tanta valentía nos había proporcionado en otras ocasiones, desapareció súbitamente y recuperamos el conocimiento de la manera más violenta. «¡Cuando uno habla bien no entienden! ¿No, carajo?», vociferó furibundo el chofer. Los cinco nos miramos sin saber qué hacer y fue entonces cuando Augusto, presa del pánico y con los ojos a punto de salirse, dijo: «¡mierda!». En el contexto en el que estábamos, su expresión retrataba de manera perfecta lo que todos sentíamos: «mierda, ya nos jodimos». Pero así no lo entendió el chofer, quien se puso más nervioso y le apuntó con el arma directo al rostro. «¿A quién le has dicho mierda?!», repetía una y otra vez. Augusto no pudo aguantar más la presión y en un descuido —creo yo más por miedo a que se le escapase otra expresión que por valentía— se echó a correr. Los demás lo siguieron y yo,

que me había quedado al último, hice lo mismo. Me cubría la cabeza en plena carrera por si al desquiciado chofer se le ocurriese disparar a la espalda. Todo se movía muy rápido, tenía ahora ganas de vomitar y temía tropezar con alguna piedra y que sea el alquitrán —no del cigarrillo, sino de la pista— lo último que vea. No fue así, tuvimos suerte.

Al doblar la calle, desde la ventana de un segundo piso, sacó la cabeza un señor de mediana edad:

—Chicos, de aquí he visto todo. Tengan cuidado porque ese tipo está loco y es capaz de dispararle a cualquiera.

Estas palabras, más que el suceso en sí, fueron lo más aterrador. Sentí pavor, como cuando, después de ver una película que te dilata los nervios, aparece en letras rojas: «basado en hechos reales». Creo que no fui el único que tuvo esa sensación, pues todos volvimos a correr y esta vez lo hicimos con todas nuestras fuerzas. A lo lejos vimos un taxi y tanto habría sido nuestro miedo que lo alcanzamos y subimos sin preguntar. Deseábamos solo dos cosas. La primera, que nos lleve a casa lo más pron-

to posible; la segunda, que ese taxi no sea el del chofer orate. No lo era. El taxista ni se interesó por preguntar qué había sucedido —tampoco teníamos la suficiente calma para explicárselo— y nos dejó lo más cerca posible al óvalo de Santa Anita. Yo me fui a dormir a la casa de Augusto y los demás se fueron a sus casas. Supongo que habrán llegado bien, pues la verdad es que nunca más volví a verlos, así como nunca más volví a una fiesta en ese distrito.

Tiempo después, cuando la figura y la nariz de Catalina ya estaban del todo olvidadas, conversando con Augusto, decidimos bautizar aquel día como el de los «casi muertos» y cada 6 de diciembre, tengamos lo que tengamos que hacer, nos reunimos en su casa y tomamos algunas cervezas —ahora con más medida; el tiempo no ha pasado en vano— para recordar el día en que estuvimos a un «mierda» —o a un tropezón— de pasar al otro lado de la línea.

